



Acha, Omar

La historia después de Heidegger.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Acha, O. (1999). *La historia después de Heidegger*. *Prismas* 3(3), 285-289. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2732>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

La historia después de Heidegger*

José Omar Acha
UBA

Para Laura

Desde una perspectiva analítica, la reflexión sobre las condiciones epistémicas de la actividad historiadora es al menos tan necesaria como el examen de sus condiciones políticas. En este trabajo se identificarán cuestiones relevantes a aquéllas, a propósito del trabajo que se comenta en este artículo. Se trata de una conferencia ofrecida por el autor de *Futuro pasado* en ocasión del octogésimoquinto aniversario de Hans-Georg Gadamer. En ese texto Koselleck discutía la pertinencia del enfoque hermenéutico del homenajeado como teoría de las condiciones de posibilidad de la historiografía. Y es que la pretensión de instaurar la precomprensión lingüística como a priori de toda comprensión se le hace al crítico insuficiente para sostener una operación historiográfica *completa*. En esa consideración se cruzan temas de discrepancias agudas entre perspectivas históricas relativas a la posibilidad de la referencia y, fundamentalmente, en las exigencias de la historia de las ideas o de la cultura. Sintetizando el problema, la intervención mencionada incide en la relación contextual de los discursos a ser interpretados por historiadoras e historiadores.

Ahora bien, no se trata de una zona mínima de preguntas. Ciertas perspectivas historiográficas como las de la Escuela de Cambridge o, más generalmente, el giro lingüístico, la lexicografía, el llamado narrativismo, la versión fenomenológica del mismo (P. Ricoeur, D. Carr), encuentran en esa discusión un interés indudable. La mirada histórica al lenguaje amplía la encuesta a lo que anteriormente se entendía por contexto. Hoy no es suficiente la tematización del contexto en términos de “más allá del texto”, pues la presunta sedimentación de historia que aquél sería se ha desvanecido en una pluralidad irreductible a una instancia base u originaria. Pero esto es aún insuficiente: desde la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) la discusión se plantea en el núcleo mismo de la problemática de la interpretación del lenguaje tal como era habitual fuera de la más tradicional historia de

las ideas, es decir, en la historia social.¹ Aquí la significación de los discursos fue al principio de su surgimiento –quizás con Voltaire en *El siglo de Luis XIV*– expresiones de espíritus de época, de tendencias seculares, de visiones del mundo (hasta Dilthey y Huizinga). En el siglo xx esa articulación expresiva de las “ideas” con el “mundo” adquirió una mayor capacidad explicativa al establecer los cortes de lenguajes entre clases o grupos sociales, dando lugar al análisis de las mentalidades. Conocemos su productividad interpretativa en la obra de José Luis Romero: allí comprobamos cuán cercana se hallaba la transformación de la cultura de la conformación de sujetos sociales y cambios económicos.

En todos estos casos, el concepto de lenguaje que posibilitaba los relatos de historia de las ideas parecía dar cuenta de los contenidos de conciencia individual o colectiva. Para ello era imprescindible una muy específica noción: el discurso reflejaba o quizás refractaba los pensamientos (o bien los sentimientos). Libre de los peligros del enfoque estrechamente biográfico, la historia social de las ideas ubicaba a los individuos y/o los grupos en lugares sociales que condicionaban sus saberes y voluntades. El análisis de los documentos permitía el acceso a tales “contenidos” y así ellos encontraban su sentido más cabal, que era una inscripción en las peripecias vitales de quienes emitían los textos.

La crítica contemporánea de la noción de contexto destruye esta presunta sustancia que

* A propósito de Reinhard Koselleck, “Histórica y hermenéutica” (1985), en Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1997.

¹ Véase la bibliografía citada en M. Richter, “Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner and the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, en *History and Theory*, 1990, vol. 29, No. 1. La más autorizada introducción a la *Begriffsgeschichte* es la de Koselleck al primer volumen de aquellos *Geschichtliche Grundbegriffe* (1972) y el capítulo v de *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (1979), Barcelona, Paidós, 1993.

sostenía la significatividad transparente del lenguaje. Así es como Jacques Derrida señala en “Firma, acontecimiento, contexto” cuánto del presunto actuar comunicativo de la teoría de los actos de habla deposita en una concepción excesivamente simplificada de contexto el fundamento de la comunicación.² Si, en cambio, tales contextos se desgranar y multiplican sin límite preciso, a la potencia del acto ilocucionario le es arrebatado su bien más preciado: la claridad del significado, o, lo que es lo mismo, el carácter suplementario del significante. No se verán aquí los efectos historiográficos de tal crítica, tal como es posible hacerlo respecto de la historia de género o de los estudios de la subalternidad. Más bien, habrá que indagar en una de las más ambiciosas tentativas de reelaborar la noción de contexto en términos de historia social como estrategia inescindible de una consideración histórica del lenguaje. Se trata, por fin, de la mirada hermenéutica de la historia.

Entre los efectos nada humanos de la obra de Martin Heidegger hallamos aquel que, a grandes rasgos, comprendemos dentro del término “hermenéutica”. Y no se trata de que en *Ser y tiempo* haya comenzado una tradición teórica que, en realidad, se encontraba en ciernes con la crítica de Herder a la Ilustración francesa. Sin embargo, debe explicarse la relevancia impuesta por G. Gadamer en su elaboración de una hermenéutica filosófica respecto de la obra de Heidegger. En efecto, sabemos que la analítica del ser-en-el-mundo (*Dasein*) constituía la condición de posibilidad de la experiencia de la facticidad. Esa analítica poseía su base en el cuidado (*Sorge*, traducida por J. Gaos como “cura”) que adviene en tanto se experimenta la finitud. Es así que la constitución del ser sólo se hace posible en tanto ser-para-la-muerte. El lenguaje es, aquí, un sistema donde ya se encuentra el ser y es en sí mismo una marca de su historicidad.

La hermenéutica elaborada por Gadamer en *Verdad y método* continúa este proyecto de tematización de la historicidad, pero ya decididamente situado en el ámbito del lenguaje, que para él era aquél de la tradición y, necesariamente, del prejuicio. De esta compleja cuestión interesa aquí la definición gadameriana de la historia de los conceptos, en cuya formación disciplinar el discípulo de Heidegger tuvo un lugar decisivo.³ Y es que el encuadre de

lo tradicional, que es también de lo lingüístico, supone esa situación de los seres humanos en la historicidad. Una historia de los conceptos es, en tal marco, una historia de la tematización humana de su condición *vía* lenguaje. La importancia radical de esta disciplina interpretativa consiste, precisamente, en lograr de modos rigurosos aquello que en el primer Dilthey (y en Collingwood) estaba prefigurado en la empatía. Una cabal analítica de los conceptos utilizados daría cuenta, en el mejor de los usos, de la relación de los seres humanos con el lenguaje y de cómo se constituyen, comunicándose, entre sí y con las generaciones pasadas. En efecto, la historia de los conceptos es la más adecuada entrada metodológica a la fusión de horizontes que es el fin último de la operación historiográfica.

Para presentar una alternativa, Koselleck se vuelve al inicio de la hermenéutica de Gadamer, mostrando las limitaciones de la analítica del *Dasein* para comprender la facticidad. La discusión, entonces, comienza con Heidegger. En aquella analítica el autor del *Nietzsche* introdujo una serie de conceptos como el de cuidado y angustia, que encuentran su sentido en la economía semántica de *Ser y tiempo* en la contraposición entre el estar arrojado (*Geworfenheit*) y el precursar la muerte (*Vorlaufen zum Tode*). La dicotomía entre la situación en el mundo y la espera del morir estipula el lugar de la historicidad. Koselleck encuentra en este supuesto de la hermenéutica gadameriana el fundamento antropológico de su teoría de la interpretación. Ahora bien, esa condición de posibilidad de la experiencia se le hace insuficiente para dar cuenta de la complejidad de la praxis humana y de las exigencias de su interpretación histórica. En este intento de legitimar los créditos propios de la historiografía, Koselleck se hace eco de una extensa tradición.

Fue Johann Gustav Droysen quien en el siglo XIX sentó las bases para el uso de la hermenéutica en la historiografía. En su

² “Firma, acontecimiento, contexto”, en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989.

³ H.-G. Gadamer, “Arbeitsberichte der Senatskommission für Begriffsgeschichte bei der deutschen Forschungsgemeinschaft”, en *Archiv für Begriffsgeschichte*, vol. 9, 1964, y “Begriffsgeschichte als Philosophie” (1970), en *Gesammelte Werke*, Tübingen, Mohr, 1986, vol. 2.

Histórica,⁴ Droysen parte del Yo que percibe y ordena, sobre los ejes temporal y espacial, las configuraciones históricas dándoles un sentido mediante su comprensión. El pensamiento verdadero, tomando la formulación aristotélica, es definido como “el pensamiento al que corresponde un ser, y verdadero es un ser cuando corresponde al pensamiento”. Desde esas definiciones básicas Droysen articula su teoría del mundo moral que se constituye por la comunidad de pensamientos y voluntades, cuya interpretación es el objetivo central de la historiografía y que es “lo esencial y significativo de cada hombre, de cada pueblo, de cada época”. Por medio del comprender, que necesariamente supone una similitud entre el sujeto cognoscente y su objeto –pues en el sentido viquiano Droysen arguye que “El hombre sólo comprende al hombre”– puede entenderse su función constitutiva del ser como sujeto histórico y como saber: “El comprender es el conocer más perfecto que nos es humanamente posible. Por eso se realiza inmediata, súbitamente, *sin que tengamos conciencia del mecanismo lógico que allí funciona*. Por ello el acto de la comprensión es como una intuición inmediata, como un acto creador, como una chispa de luz entre dos cuerpos electróforos, como un acto de la concepción... El comprender es el acto más humano del ser humano, y todo que hacer verdaderamente humano se basa en la comprensión, busca comprensión, encuentra comprensión. El comprender es el lazo más estrecho entre los hombres y la base de todo ser moral”.⁵

En estas líneas ya se encuentra prefigurada la idea más interesante de la hermenéutica idealista pre-heideggeriana: la comprensión es una acción inmediata, previa a cualquier pensamiento teórico, pero que es al mismo tiempo un *inicio* de todo saber. Pues, si bien la comprensión pretende fundar un nuevo conocimiento y en el caso de Droysen como en muchos otros se supone que es *científico*, esta comprensión es además anterior a la adopción de una conciencia cabal del saber a que se arribará. Aquí encontramos el *círculo hermenéutico* ya constituido como superación de la concepción cartesiana del proceso de conocimiento, a saber, de la pretensión de un comienzo del conocimiento inaugurado en términos de creación absoluta desde la seguridad de un sujeto inmaculado. Gadamer reconoce en *Verdad* y

método la precedencia de Droysen en la constitución de la hermenéutica. ¿En qué registro? En la funcionalidad parcial de la histórica en la más general problemática interpretativa, o, en otras palabras, como un prolegómeno metodológico para la operación hermenéutica, que sería así la condición de posibilidad –en términos de una antropología filosófica– de toda comprensión y acción. Por ello, la hermenéutica, al preguntarse por el tratamiento de la finitud del ser humano en su temporalidad (y en su lingüisticidad), inquiriere por la condición de posibilidad de vivir y contar historias. He aquí donde colisiona la hermenéutica con una histórica que se pretende irreductible a la comprensión del lenguaje.

Quizás entre las perspectivas en más ardua competencia se encuentre aquella de la Escuela de Cambridge de historia de las ideas políticas. Es sabido que para sus representantes la confrontación decisiva es entre las voces proferidas y la intención del o de la hablante. Ahora bien, ello en un contexto muy específico, que es el de la teoría de los *Speech Acts*. Parafraseando a Austin, podríamos decir que el lenguaje aparece en este concepto en tanto se “hacen cosas” mientras se lo practica. Nada hay, pues, de inmediatez entre palabra y pensamiento. Y si la aproximación historicista de la hermenéutica acordaría con esa inscripción en la acción, para Koselleck ambas aproximaciones carecen de una consistente tematización del significado en relación con la sociedad donde se producen. La remisión a las intenciones o al horizonte de sentido de personas-en-el-mundo-y-en-la-historia no establece adecuadamente los desplazamientos de los lenguajes respecto de situaciones que se transforman a ritmos diversos a aquéllas de las reglas de combinación y transformación

⁴ Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, Alfa, 1983. Esta traducción se basa en la versión modificada y ampliada de 1882 sobre las clases ofrecidas en 1857 que circularon hasta 1936, fecha en que Hubner editó esta ampliación. Por “Histórica” (*Historik*) se comprende en la tradición alemana mucho más que una metodología histórica: se trata de la explicitación de las condiciones de científicidad e historicidad de la producción de conocimiento histórico. Se verá, por ello, que no es sino la fundamentación de una acción humana significativa ligada a un campo particular de saber. En este sentido, toda Histórica es también una crítica de la razón histórica.

⁵ *Ibid.*, p. 34.

lingüística. Para lograr la justificación de la pertinencia de exigir esa relación –propia de la *Begriffsgeschichte*– Koselleck analiza la Histórica en contraste con la hermenéutica.

El otorgamiento de una inteligibilidad va más allá de la ecuación entre el estar arrojadas/os en el mundo y el precursar la muerte. Con ello la operación de la *Historik* establece, en un movimiento de configuración trascendental de la historicidad, las condiciones de posibilidad de la dinámica de las configuraciones de sentido. “Para la tarea científica de una Histórica –dice Koselleck– importa lo que es capaz de ofrecer analíticamente a fin de encontrar un orden racional en el caos de hallazgos históricos o de la presciencia histórica.”⁶ ¿Cuáles son esas condiciones de existencia reconocibles como a priori de la historicidad humana?

1. Que el precursar la muerte de Heidegger implica, en la interacción, la “posibilidad de matar”.
2. El morir y matar, consideradas en contraposición, suponen el par “amigo”-“enemigo”, de indudables raíces schmittianas.
3. Esa condición de amistad y enemistad, como Sahlins nos ha enseñado en otro contexto, es correlativa de una espacialidad socialmente significativa, cuyos términos antagónicos son los de “exterior” e “interior”. Un caso de esa antinomia es para Koselleck la oposición entre “público” y “secreto”, que recuerda la connotación de Kant en *La paz perpetua*.
4. A la contraposición básica de Heidegger, es necesario introducir una cuña que enfrente el “estar arrojado” a la natalidad, que Koselleck remite a la elaboración de H. Arendt en *La condición humana*. La situación de estar en el mundo es diversa a la del nacimiento o a la pulsión de vida (sexualidad).
5. Finalmente, la oposición entre “amo” y “esclavo”. Aquí se condensa la serie de las oposiciones en la noción de subordinación y dominación propias de la conflictividad histórica.

Estas categorías, que Koselleck presenta como un “esbozo teórico” de condiciones de posibilidad de la historia y de la comprensión historiográfica, sin duda podría ofrecer nuevas oposiciones o sufrir el cercenamiento de alguna de las mencionadas. En todo caso, apuntan a la tematización de la interrelación humana que obliga a considerar los contextos de comunicación y enfrentamiento cuya inteligibilidad no podría comprenderse totalmente sin ir más allá del lenguaje.⁷ Sabemos

que realizamos una operación metafísica al decir “más allá del lenguaje”, porque no podemos superar su mediación, no nos fue dado entender sin el lenguaje, y ninguna operación humana elude su inscripción de una significación lingüística. ¿Qué acción humana está liberada del lenguaje para entrar a un terreno de los “hechos” desnudos, empíricos, a los cuales tendríamos que someter a una contabilidad? Koselleck plantea que esas entidades encuentran existencia, si no exentas de inscripciones lingüísticas, al menos no subsumibles en ellas. No son, pues, interpretables por sola hermenéutica. El derecho de la Histórica a su independencia relativa se basa precisamente en esas entidades no lingüísticas que obligan a ir más allá del texto.

Gadamer había reconocido, en su polémica con Apel y Habermas, que la hermenéutica dirigía su comprensión más allá del lenguaje, pero que la referencia interpretativa allí era necesariamente oscura.⁸ Y es precisamente esa paradójica limitación de la potencia de la hermenéutica la que impugna Koselleck, para quien la o el escriba de historia “se sirve básicamente de los textos sólo como testimonios para averiguar a partir de ellos una realidad existente allende los textos [...] aun cuando él constituya su realidad sólo con medios lingüísticos”.⁹ Las distintas contraposiciones mencionadas (1 a 5) no se diluyen en la mención lingüística de su existencia, sino que posibilitan y compelen a situaciones de valor autónomo. Koselleck no olvida la cadena que nos ata al lenguaje, y no aspira a una teoría de conocimiento que ya no es posible después de Kant: que existe la “cosa en sí”. Pero su existencia como concepto-límite es dable en tanto el lenguaje, aun configurando una operación ficcional, argumenta por una consistencia del mundo.¹⁰

⁶ “Histórica y hermenéutica”, *op. cit.*, p. 88.

⁷ Cf. La aplicación interpretativa en “Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos”, en *Futuro pasado*, cit., pp. 205-250.

⁸ Gadamer, “Réplica a *Hermenéutica y crítica de la ideología*”, en *Verdad y método*, II, Salamanca, Sígueme, 1992.

⁹ “Histórica y hermenéutica”, cit., p. 91.

¹⁰ Aquí no hay lugar para discutir el punto, pero nótese que la teoría de la narración en P. Ricoeur descansa en un supuesto similar. Cf. *La metáfora viva* (1975) y *Tiempo y narración* (1983-1985).

La pretensión del cruce con la historia social, ésta casi siempre “realista”, no podría sostenerse sin esta prevención contra la autonomía del sistema de significantes/significados. Aun más, la Histórica de Koselleck desarrolla esquemáticamente las tensiones al propio sistema de comprensión de las relaciones humanas y sociales que fuerzan la conexión explicativa con algo irreductible al lenguaje en uso: de allí la necesidad de hacer interpretar el lenguaje más en el interior de su sistema, o, en otros términos, la insuficiencia de la hermenéutica como metodología completa del análisis historiográfico.

No podría entenderse este señalamiento como una típica disputa disciplinar, ni como sola lucha por mostrar mayor profundidad en la comprensión de la existencia. Es desde luego ello, pero también mucho más. En el marco de la tradición cultural alemana esa situación sería plausible, pero no en el contexto mayor de la competencia internacional de programas de investigaciones en ese movetido conjunto de problemas denominado historia de las ideas. Aquí es donde la intervención de Koselleck adquiere sentidos muy precisos. En efecto, la erudición exigida por la historia de los conceptos en lo atinente a las modificaciones lexicales posee un énfasis inigualado, entre las propuestas preferidas por el estado actual de la historiografía que llamaremos “occidental”, en la urgencia de analizar al mismo tiempo las transformaciones sociales, económicas y políticas que son inseparables del devenir de los lenguajes.

No alcanzaría el recorrido del texto de Koselleck para abreviar el tránsito a la explicitación de las cuestiones implicadas en esta discusión. En todo caso, sí parece enunciar una propuesta historiográfica y teórica que anuda una muy debatible distinción: facticidad discursiva y facticidad no- o extra-discursiva. La mayoría de las aproximaciones a la historia cultural se apoya en alguna versión de la misma, sea en la propuesta de F. Jameson de emplear la perspectiva de Bajtin-Voloshinov, en R. Chartier y su apelación a la obra de Ricoeur (y éste a la de Benveniste), o en la mencionada fracción interesada en Wittgenstein, Searle y Austin para estudiar el lenguaje político.

En tiempos en los cuales la omnipresencia de la semiótica en las elaboraciones historiográficas entra aceleradamente en declinación respecto de su reinado (al menos en cuanto teoría), la Histórica esbozada por Koselleck formula de manera inteligente cuánto de la emergencia del ser en el mundo solamente es posible en interacción humana y en una remisión a series acontecimentales irreductibles, al menos, a los términos del lenguaje que se pretende comprender y, en un sentido no monológico, explicar. La respuesta de Gadamer, en mi opinión, no considera esta relevante materia.¹¹

¹¹ “Histórica y lenguaje: una respuesta”, en Koselleck y Gadamer, *op. cit.*